

EL FUTURO DE LOS CONFLICTOS ARMADOS

Por

Ramón RIBAS Bensusan

Capitán de navío, Armada de España



EL HOMBRE, por naturaleza, lleva en sí el signo de la discordia, que según Aristóteles es la razón de las

guerras; porque éstas existen, las naciones sostienen unas fuerzas armadas encargadas de preservar el patrimonio propio de las apetencias de los vecinos. Mas si las causas están en la misma naturaleza humana, como señalan los clásicos, nunca se podrá asegurar que el peligro de guerra ha desaparecido, definitivamente o temporalmente de la Tierra (1).

El Concilio Vaticano II, respecto a la guerra, con un enfoque cristiano del problema, llega a la misma conclusión cuando dice (2): "En la medida que el hombre es pecador, amenaza y amenazará el peligro de guerra, hasta el retorno de Cristo". Es decir, con otras palabras, hasta el final de los siglos.

(1) "Reflexiones breves alrededor de la mentalidad marítima". Capitán de fragata Ribas. "Revista de Marina", noviembre de 1970.

Existen actualmente acusadas tendencias pacifistas que pretenden la desaparición de la guerra. Se comprende que ello sería alcanzar una meta anhelada por los hombres desde la antigüedad. Según Toynbee (3), "la guerra es el uso impersonal de la fuerza humana colectiva ejercitada con el fin de imponer la voluntad de los gobernantes y pueblos de un Estado a los de otro. Es imposible hacer la guerra sin una organización política y un superávit económico, de suerte que la guerra difícilmente puede ser más antigua que la civilización".

La humanidad ha conseguido metas materiales que podrían considerarse en otros tiempos como utópicas para el hombre; pero en lo espiritual su avance no ha sido el mismo. Sin embargo, esos medios materiales de que se dispone hoy hacen posible la unificación de la sociedad humana por la ciencia, el arte y la filosofía.

Quizá estemos en camino de superar nuestras tendencias hacia los conflictos y con ello la guerra. Pero si fijamos nuestra atención en lo que hoy ocurre en el

(3) "Estudio de la Historia", Vol. XVI, tercera parte, pág. 187.

(2) "Const. Gaudium et Spes", Nº 78.

mundo —la Unión Soviética tratando de ejercer la hegemonía material a través de la conquista ideológica de los hombres; los Estados Unidos intentando conquistar mercados; ambas acciones como escenario el globo— vemos un culto a lo material que no induce a albergar muchas esperanzas sobre el predominio de valores morales y espirituales capaces de eliminar la guerra como forma de resolver diferencias.

No puede afirmarse, por otra parte, que una exaltación de los valores espirituales conduciría a la eliminación o disminución del peligro de guerra. Como alguien ha dicho, en nombre del espíritu se han cometido muchos crímenes y derramado mucha sangre en la Historia. Porque lo espiritual, que es, por decirlo así, la faceta no animal del hombre, incluye el bien y el mal.

El ser humano necesita vivir en sociedad —cuya forma política, el Estado, es el sujeto de las guerras—. Los problemas de convivencia entre seres humanos se ponen en evidencia en el núcleo social más elemental, la familia, a nivel individual. Análogamente, a nivel tribu, ciudad o Estado —según la etapa de desarrollo histórico—, las diferencias colectivas son continuas y pueden dar lugar a guerras civiles, como las diferencias a escala internacional pueden dar lugar a la guerra por antonomasia o guerra entre Estados.

Las diferencias que se acaban de citar no conducen necesariamente a la guerra. Como ha escrito alguno, si el hombre fuera un ser eminentemente racional podría encontrar siempre solución mejor que la guerra a todas sus diferencias. Sin embargo, el ser humano es de naturaleza pasional, y al intervenir las pasiones en la resolución de los conflictos éstos tienden a la violencia. De aquí nace el error de los que buscan la paz recurriendo a argumentaciones lógicas o humanitarias; de esta forma se olvidan de la complejidad de nuestra naturaleza y combaten a la guerra en un terreno que no es el de la guerra. Esta nunca nace como fruto de la lógica, sólo o de sentimientos humanitarios, sino de una lógica apasionada —que sirve a los sentimientos— en la que cabe el humanitarismo, pero que no se deja subyugar por el humanitarismo.

Lo anterior explica que el freno más visible que a la guerra se opone hoy de hecho no resulte ser lógico ni humanitario, sino algo que obra en el mismo terreno pasional en que germinan las guerras. Concretamente al temor; específicamente, al que producen las armas nucleares que, al menos aparentemente, están actuando en los últimos tiempos como factor limitador de guerras. Tal limitación se produce en dos sentidos: primero, en el de tender a impedir la guerra entre grandes Estados o bloques con capacidad nuclear, y segundo, en el de poner unos límites a las guerras entre poderosos y débiles, puesto que los primeros se ven obligados a autolimitarse por miedo a la extensión del conflicto, que podría dar lugar a la guerra nuclear.

Es posible definir otras circunstancias socio-políticas, generales y específicas, que tienden a limitar la guerra hoy día, pero si se analizan todas presentan analogías con situaciones pasadas. Las armas nucleares, el hecho de que por primera vez la humanidad se encuentre en condiciones de autodestruirse en una de esas explosiones de pasión que son las guerras, constituyen el único factor absolutamente nuevo y eficazmente limitativo.

Por otra parte, la limitación de la guerra por el temor al arma nuclear no puede ofrecer nunca garantías absolutas. Simplemente, un grupo de desesperados pueden no resultar contenidos por el temor a la autodestrucción. En consecuencia, el arma nuclear actúa de hecho como el factor limitador de la guerra, en cuanto eleva el límite de ciego apasionamiento que conduce a ella, pero en ningún modo constituye un remedio "mágico" o absoluto contra la guerra.

Las consideraciones expuestas sobre las armas nucleares inducen a pensar que la probabilidad de las llamadas guerras civiles es hoy por hoy mayor que en otros tiempos. Esto, en relación a las internacionales y como consecuencia inmediata de la disminución de la probabilidad efectiva de las últimas, pero quizá sea cierto también en otro sentido: en el de que las pasiones que a veces buscaban desahogo en guerras internacionales tienen que desahogarse en los conflictos internos. Sin embargo, esto no es aplicable a países que luchan por conseguir su in-

dependencia, pero sí a los que se encuentran en situación opuesta —primeras potencias— o los que cuentan con pocas posibilidades de dar salida a su pasión bélica en conflictos externos.

Las actuales tendencias ideológicas a la gran sociedad-Estado universal no conducen a la desaparición de las guerras, como algunos piensan, sino que tienden a reforzar el argumento anteriormente expuesto sobre la mayor probabilidad relativa de las guerras civiles en el futuro. Si la humanidad entera se reuniera políticamente en un solo Estado, teóricamente desaparece la posibilidad de la guerra entre Estados, pero no la de la guerra civil, entre Estados dentro del Estado.

Las razones que puede haber a favor del gran Estado universal no pueden buscarse en la consolidación de una paz —carencia de guerra— que no garantiza.

La desaparición de los conflictos internacionales puede ser una realidad cuando las hasta ahora numerosas naciones formen "un único Estado político que abarque el globo".

La existencia de ese "Estado multinacional" traería como consecuencia inmediata, desde el punto de vista naval, la desaparición de las flotas nacionales. La misión de la flota mundial sería imponer la disciplina en los mares, prevenir la piratería o sublevaciones, etc. Indudablemente, esto condicionaría el armamento y características de sus unidades. Por otra parte, es muy problemático especular sobre lo que podría ser la Armada de un Estado universal del que aún no se tiene idea de qué modalidad adoptará y bajo qué proceso histórico nacerá.

El almirante inglés Gretton en el resumen de su obra "Estrategia marítima" dice: "Creo que la inestabilidad política continuará en muchas partes del mundo hasta que surja un gobierno mundial, cuyas disposiciones se vean reforzadas por fuerzas adecuadas. Y nadie piense que esa fuerza de policía mundial estaría ociosa después de la creación de un gobierno mundial".

En las especulaciones sobre una "nación mundial única", destaca el autor británico Arnold J. Toynbee. Este afir-

ma (4): "Lo más probable es que el núcleo de un futuro orden político mundial sea, quizá, una autoridad central que ejerza una fiscalización mundial efectiva sobre el uso de la energía atómica y que, por tanto, haga imposible que los Estados locales que posean armas atómicas ataquen y conquisten el resto del mundo".

El mismo autor también lo apunta, que la unidad estatal de la humanidad es más concebible hoy a través de sistemas federativos que concentrando poderes en una autoridad central única. Dice Toynbee (5): "En nuestra sociedad mundial de la actual era atómica no habremos asegurado la supervivencia del género humano hasta establecer un gobierno mundial y hasta hacer que los actuales gobiernos nacionales se subordinen a él".

Esta visión de la futura unión de la humanidad está más en consonancia que la del Estado único con lo que los tiempos nos ofrecen —Naciones Unidas, Mercados Comunes, Pactos Regionales, etc. Traducida a la posibilidad de la guerra, la perspectiva que nos ofrece en un futuro previsible es que esa unión federativa, o esa coordinación de Estados bajo un gobierno superior no elimina radicalmente el viejo concepto Estado, con el que está tan ligado el concepto moderno de guerra. No elimina, por tanto, la posibilidad de guerra entre Estados, que con desprecio de la autoridad, más o menos eficaz del Gobierno universal, quieran dirimir sus diferencias por la fuerza. La unión de Estados bajo un gobierno mundial no permite pensar en la desaparición total de ejércitos nacionales —aunque se llamen fuerzas de seguridad regional o, como dice Gretton, fuerza de policía mundial— ni en la liquidación de las guerras entre Estados, aunque desde cierto punto de vista se consideren civiles y tengan algunas de las características de éstas.

Fundamentalmente interesa destacar: —La enorme complejidad del mundo actual. Enfrentamiento este-oeste, en el que sin duda se puede definir la su-

(4) "Estudio de la Historia", Vol. XIV, segunda parte, pág. 118.

(5) Ibid., tercera parte, pág. 187.

premacía de dos poderosos (Rusia y Estados Unidos) en los que se polariza el poder —no sólo militar—, del que sólo son conscientes una minoría de los habitantes del planeta. Problemas vitales, como la erradicación del hambre.

El logro de la completa independencia nacional.

El de hacer sentir su propia voluntad de gran potencia; China, la nación más grande de la Tierra.

—El error que encierra toda simplificación y esquematización de las posibilidades de conflicto.

Los problemas internacionales son hoy más complicados que nunca, porque el mundo está más desarrollado. Los que afirman lo contrario corren grave peligro de verse desbordados por los acontecimientos a cada paso.

Simultáneamente a la gran complicación de los problemas de hoy —y en parte, como consecuencia de tal complicación— hay que señalar el enorme desarrollo tecnológico, fundamentalmente en el de las armas nucleares y medios de lanzamiento. Tales son, probablemente, las dos características diferenciadoras de nuestra época respecto al pasado en la cuestión que se está considerando.

Junto a las dos realidades caracterizadoras anteriores hay que señalar la exis-

tencia de una creciente tendencia espiritual hacia la unión de la humanidad, tendencia que se aprecia en el terreno religioso, en la opinión pública y en ciertas realizaciones políticas —mercados comunes, etc. Pero todas estas tendencias, aunque se sea optimista respecto a ellas y se admita que conducen a la unión de la humanidad en un Estado único o una federación de Estados, no permiten albergar ningún optimismo respecto a la erradicación definitiva de la guerra. Sería demasiado fácil que problema de tanta trascendencia histórica y con raigambre sólida en la misma naturaleza humana pudiera ser resuelto con una simple reorganización político-administrativa de la sociedad. Y es que, como dice el Concilio Vaticano II, "la paz no es algo que se consiga de una vez para siempre, sino un perpetuo quehacer".

De aquí la necesidad continua de las fuerzas armadas, que los países sigan necesitando para defenderse, así como la delicada e importante misión de esas fuerzas que, adiestradas para hacer la guerra, deben servir para no tener que hacerla. Es decir, para mantener la paz por el único procedimiento que parece garantizar —y no totalmente— contra la agresión, que es el temor a la respuesta del agredido.

(De "Revista General de Marina", España).

